

consumado en la tierra; pero Jesus no debia dejarnos huérfanos; y así es efectivamente que, aunque El está en el Cielo, mora, sin embargo entre nosotros por el doble misterio de su Eucaristía y de su Iglesia.



Jesus presente en el mundo por la Eucaristía.

§ I

Aunque es verdad que Jesucristo ha abandonado este mundo, no lo es menos que está aun en el mundo, si bien no está como en otro tiempo, de una manera terrestre, material y corruptible; sino de un modo enteramente celestial y perfecto, inmanente y divino, en el Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual mora perpetuamente entre nosotros, como un padre entre sus hijos, como entre sus súbditos un monarca. Con deliberado propósito, y reservándo-

nos hablar de ello mas oportunamente, hemos omitido en la relacion de la vida pública del Salvador, el célebre discurso Eucarístico que refiere el Apóstol San Juan en el capítulo XVI de su Evangelio. San Juan es el único de los cuatro Evangelistas que no menciona las palabras espresas de la institucion de la Eucaristía en la Cena del Juéves Santo; en cambio habla en dos ocasiones de este adorable misterio, para revelarnos los secretos que los demas Evangelistas no se han atrevido á confiar á la Escritura. De esta suerte el precepto apostólico y primitivo (1) que prohibia tan severamente á los iniciados en los misterios cristianos divulgar la parte íntima de ellos, era plenamente observada; y sin embargo, los fieles, pudiendo reunir y confrontar los textos sagrados, encontraban en los tres primeros Evangelios, por una parte, y en el de San Juan, por otra, una instruccion completa y admirable sobre la Sagrada Eucaristía.

(1) Esta ley era llamada *ley del secreto*, que estuvo en observancia en la Iglesia mientras los paganos se hallaban confundidos con los cristianos: se referia principalmente á los Sacramentos, á la liturgia y los dogmas mas delicados de la doctrina católica.

§ II

Pero antes de proseguir, haremos tres observaciones capitales:

Primera: En este misterio, como en todos los misterios de Dios, es menester no empeñarse en comprenderlo todo, como quiera que lo que es *divino* no puede menos de ser siempre infinito. Lo único necesario para un hombre racional, es asegurarse de la realidad del hecho. Es, existe realmente el hecho; luego es *posible*: nada mas lógico que semejante razonamiento.

Segunda: Muchos quieren que se les pruebe la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; y sin embargo, no creen ni aun en la divinidad de Jesucristo. Esto es exigir un imposible: es querer el efecto sin la causa. El fundamento de la Eucaristía está en la Encarnacion, y la fé en Jesucristo es la base necesaria de todas nuestras creencias.

Tercera: Otros pretenden esplicaciones deducidas del orden material y terrestre acerca de un dogma en que todo es sobrenatural, celestial y divino. Pero si es imposible juzgar el misterio de la Encarnacion por las solas luces de la razon humana, ¿qué

será del de la Eucaristía, en que no solo la divinidad, sino la humanidad misma del Salvador, están escondidas y ocultas á nuestras incansables miradas?

§ III

—¿Cómo un solo y mismo cuerpo, se dice, puede estar á la vez realmente presente en mil lugares diversos?

En el *orden natural*, y segun las leyes que rigen la materia en este mundo, es eso manifiestamente imposible, como por sí solo nos lo demuestra el simple testimonio de la razon y de los sentidos. Pero en el *orden sobrenatural*, y segun las leyes propias y especiales que rigen los cuerpos glorificados, toda dificultad se desvanece.

Es preciso guardarse mucho de confundir el cielo con la tierra, y de aplicar á la contemplacion de las cosas celestiales los pensamientos groseros y materiales que nos guian en la apreciacion de las cosas de este mundo. Como la demostracion de esta verdad seria demasiado metafísica, bastará recordar una doctrina tan fecunda como poco meditada acerca de la fé. En la eternidad no hay ni tiempo ni espacio; y nuestros mis-

mos cuerpos, trasfigurados completamente por la glorificacion, serán asociados á la inmutabilidad, y en cierto modo á la espiritualidad de nuestras almas: incorruptibles, inmortales, no ocuparán entonces espacio alguno, ni estarán sujetos á mudanza alguna de tiempo, sino que serán todo luz y perfeccion.

El Apóstol San Pablo lo dice espresamente: "Nuestro cuerpo mortal está aquí sin gloria; pero resucitará en la gloria; es débil, pero resucitará poderoso; es animal, pero resucitará espiritual."

Y nuestro Señor mismo dice en los Evangelios, bien esplicitamente: "En el estado de la resurreccion *los hombres serán como los ángeles de Dios.*"

Pues así está el Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía: es decir, en relacion, sin duda con el tiempo, el lugar y el espacio; pero no sujeto á las leyes terrestres del tiempo, del lugar ni del espacio; y de la propia manera, por la virtud sobrenatural de este Divino Señor, todos nosotros que somos sus miembros, podremos un dia entrar en la misma gloria.

¿A qué quedan pues, reducidas, ante esta sencilla observacion y estas palabras de la Escritura, las supuestas imposibilidades

que contra la Sagrada Eucaristía oponen los protestantes y los incrédulos!

§ IV

Exponer la doctrina neta de la Iglesia acerca de los misterios, es tanto como resolver anticipadamente la mayor parte de las dificultades que impiden la adhesion de la fé. Esta verdad general que hemos explicado mas arriba, en el misterio de la Encarnacion, no es menos aplicable al misterio de la Eucaristía, que es el misterio por excelencia.

Acerca de este misterio la Iglesia nos enseña que por la virtud omnipotente y puramente divina de las palabras de la consagracion, la sustancia del pan y del vino se convierte, en manos del sacerdote, ministro de Dios, en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Este cambio milagroso, porque es instantáneo, se llama *transustanciacion*.

Por maravillosa que sea la transustanciacion eucarística, nada ofrece chocante ni inusitado para quien sepa reflexionar. La naturaleza, en efecto, está llena de transustanciaciones, es decir, de cambio de unas sustancias en otras. El pan que comemos,

por ejemplo, ¿no se cambia en la sustancia viviente de nuestro cuerpo? ¿Los jugos de la tierra, y la sustancia de la tierra misma, ¿no se cambian en árboles, despues en flores, mas adelante en frutos, y por último, en carne y sangre en los cuerpos animados? En una palabra, los elementos de este mundo ¿no se hallan en una transustanciacion continúa? Y Dios Todopoderoso que opera todo este portentoso movimiento vivificante por una accion lenta é insensible, no habia de poder verificarla por el efecto instantáneo de su palabra? Pues bien: Jesucristo es Dios; el sacerdote en el altar se convierte en Jesucristo por su sacerdocio; por consiguiente, su palabra, cuando consagra, es la palabra omnipotente de Cristo Dios Creador.

Despues de la consagracion, solo queda ya la *apariencia* del pan y del vino; y esa apariencia es lo único que vemos y palpamos; pero bajo esta apariencia se halla en realidad, aunque oculto para nosotros, el Cuerpo adorable de Cristo, invisible, impalpable, indivisible.

No es pues, el Cuerpo de Jesucristo el que se divide cuando el sacerdote parte el pan consagrado, sino solamente el signo sensible y sacramental, y seria confundirlo to-

do el creer á Jesus Eucarístico, sujeto como lo estuvo en su vida terrena, al movimiento, á la divisibilidad y á todos los accidentes que son propios de nuestros cuerpos en este mundo. Cuando los hereges, durante las guerras de religion, arrojaban al cieno las sagradas formas, no era por eso Jesus manchado con esta sacrilega profanacion; así como la riqueza de nuestros tabernáculos tampoco añade nada á su gloria.

La multiplicidad de las hostias, multiplicada, pues, el signo exterior que nos anuncia la presencia real de Jesucristo Nuestro Dios, pero no afecta de modo alguno la unidad indivisible de la sustancia divina y glorificada de su Cuerpo.

Repito pues, que la Eucaristía es el misterio del Cielo, y las leyes de la tierra nada son ni pueden contra la perfeccion de su santidad.

§ V.

Hay una manera muy sencilla y segura de convencerse de la presencia real del Divino Salvador en la Eucaristía. Basta leer

con intencion recta y religiosa lo que sobre este punto dice El mismo en los Evangelios.

Un año próximamente antes de su Pasion al acercarse la festividad de la Pascua, hállase Jesus rodeado junto á Cafarnaum de una inmensa multitud, á quien el día anterior habia saciado por medio de la multiplicacion milagrosa de cinco panes y algunos peces. Apesar de este prodigio, é instigados sin duda por los infatigables enemigos de Jesucristo, los judios vacilan en mirarle como el Mesías:—“Moisés dícenle, hizo un milagro mayor todavía, alimentando en otro tiempo á nuestros padres con el maná en el desierto durante cuarenta años.”

—“En verdad os digo, respondiósle Jesus,—Moisés no os ha dado el pan del Cielo: mi Padre es el que da el verdadero pan del Cielo, porque el pan de Dios es el que ha bajado del Cielo, y da la vida al mundo.”

Y como los judios le estrecharon con preguntas:—*Yo soy*, replicó, *el pan vivo!* Vuestros padres comieron el maná del desierto, y murieron; pero hé aquí el pan que ha descendido del Cielo á fin de que los que le coman no mueran.

“Yo soy el pan vivo bajado del Cielo; el que comiere de este pan vivirá eternamente,

y el pan que yo os daré (1) es mi Cuerpo, que será inmoiado por la salvacion del mundo."

Al oír estas palabras tan claras, tan precisas y sobrehumanas, los judios murmuraron y dijeron lo propio que los protestantes dicen hace tres siglos, y con ellos todos los incrédulos:—¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo este Hombre puede darnos su cuerpo por alimento? Jesus no les dice que se engañen al entender así sus palabras divinas; sino que, absteniéndose de explicar lo que ni los sentidos ni la razon pueden comprender, el Hijo de Dios continúa, con una insistencia y una claridad maravillosas, esponiéndoles el Misterio Eucarístico con estas palabras:

"En verdad, en verdad os lo digo: si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros.

"El que come mi carne y bebe mi sangre

(1) Esta palabra basta para demostrar lo vano de la interpretacion que los protestantes se esfuerzan en dar á todo el Capítulo VI de San Juan; suponen que nuestro Señor no habla aquí sino de su doctrina, pero esta doctrina bajo el nombre de *pan de vida*, mal podia prometerla, diciendo: *yo la daré*, puesto que en aquel momento *la habia ya dado y continuaba dándola todavía*.

tiene la vida eterna y Yo lo resucitaré en el último dia.

"Porque mi carne es una verdadera comida, y mi sangre es una verdadera bebida.

"El que come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él.

"Así como mi Padre, que es la vida; me ha enviado, y yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come, vivirá tambien por Mí.

"Este es el pan que ha descendido del Cielo. Vuestros padres comieron el maná, y han muerto, pero el que come este pan vivirá eternamente.

¿Es posible hablar con mas claridad? ¿Es Nuestro Señor menos explícito, menos formal que la Iglesia en su doctrina respecto á la presencia real de Jesucristo en el Misterio de la Eucaristía?

§ VI.

En la santa Cena, Jesus, cumpliendo su promesa, dió este pan vivo á sus Apóstoles.

Despues de la fiesta Pascual, segun ya lo hemos visto, tomó el pan, le partió levantando los ojos al cielo para enseñarnos que

la Eucaristía es el misterio del cielo, y presentándole á sus Apóstoles, pronunció las palabras de la consagracion, es decir:

Tomad y comed todos, porque ESTE ES MI CUERPO.

Despues consagra el caliz y dice:

Tomad y bebed todos porque ESTA ES MI SANGRE.

Estas sencillas palabras del Señor son si no me engaño, la prueba mas concluyente de la presencia real. Hay aquí mucho mas que una prueba; hay evidencia. Por eso los ministros protestantes nos disputan vanamente hace trescientos años contra esta incomparable afirmacion, prefiriendo como los judíos de Cafarnaum, abandonar al Señor Jesus, antes que someterse á su palabra.—Esto es muy duro creer, dicen ellos, ¿quién puede escuchar en paciencia semejante disparate? Pero la Iglesia responde á estos judíos modernos; lo que Jesucristo respondió á los antiguos.—“Los pensamientos de la carne no sirven aquí de nada: mis palabras son espíritu y vida: solo por medio de la fé y de las luces del Espíritu Santo, y no por los sentidos ni por la razon, es como podreis comprender el sacramento enteramente celestial de mi amor.”

En cuanto á nosotros, cristianos fieles,

discípulos de Cristo como los Apóstoles y herederos de su fé, exclamaremos con San Pedro. “¿Oh Señor ¿á quién iremos nosotros? ¿No sois vos quien tiene las palabras de vida eterna?”—Tal ha sido la fé de todos los siglos, segun atestiguan los documentos mas irrefragables de la historia.

§ VII.

Por medio de la Eucaristía Nuestro Salvador perpetúa al través de todos los siglos, y bajo un signo sencible, el sacrificio divino por el cual nos ha salvado. Este sacrificio de la Eucaristía se llama MISA: y el Hijo de Dios ofrece todos los dias, presente sobre los altares, por el ministerio de sus sacerdotes, la oblacion é inmolacion sangrienta del Calvario. En el altar todo está oculto bajo las especies ó apariencias del pan y del vino; pero el sacrificio es el mismo: absoluta y numéricamente el mismo que el que consumó en la cruz. La misma víctima está allí presente bajo el misterio del Sacramento.

Lo mismo que la Encarnacion, la Eucaristía ES EL CIELO SOBRE LA TIERRA.